

LINDA
CARLINO

NOVELA

JUANA

→ ESA OTRA MUJER DISTINTA A LA LOCA ←

bóveda

Más libros en www.DESCARGASMIX.com

Índice

ESA OTRA JUANA

CONTEXTO HISTÓRICO

ÁRBOL GENEALÓGICO

MAPA DE ESPAÑA

MAPA DE LOS PAÍSES BAJOS

PRIMERA PARTE: MATRIMONIO

SEGUNDA PARTE: VIUDEZ

EPÍLOGO

BIBLIOGRAFÍA

AGRADECIMIENTOS

CRÉDITOS

ESA OTRA JUANA JUANA I DE ESPAÑA

Una historia de amor obsesivo, pasión desenfrenada y traición cínica y cruel.

La reina Juana de España era hija de Isabel y Fernando, y hermana de Catalina de Aragón. Juana fue el instrumento necesario para crear las poderosas casas de los Habsburgo en España y Austria, que reinarían durante siglos. Tres hombres negaron despiadadamente a Juana su poder y su posición a lo largo de su vida: su marido, Felipe; su padre, Fernando y su hijo, Carlos.

Soportó con valentía y determinación los continuos castigos físicos y mentales a que la sometieron, y fue su espíritu de rebeldía el que la llevó a merecer injustamente el sobrenombre por el que se la recuerda: Juana la Loca.

CONTEXTO HISTÓRICO

La historia de Juana transcurre entre los años 1496 y 1555, principalmente en España, pero también con un período en los Países Bajos y un breve intervalo en Francia e Inglaterra.

Es la época en que los reyes católicos, Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, intentan fortalecer su nuevo reino de España. Su objetivo era proteger al país de amenazas externas y ampliar su influencia en Europa acordando matrimonios estratégicos para sus hijos, como el de Catalina de Aragón con Enrique VIII. La inesperada muerte de los dos hijos mayores hizo que Juana, la menos idónea para un matrimonio político y la sucesión al trono, tuviera que soportar ambas cargas.

Este relato es fiel a los hechos históricos, salvo algunos detalles que facilitan y mejoran la narración. El diálogo interior de los personajes, sus pensamientos y algunos de sus actos son, en su mayoría, fruto de la imaginación y la intuición de la autora, aunque siempre relacionados con hechos conocidos.

MAPA DE ESPAÑA



MATRIMONIO

CAPÍTULO 1

En la cabeza de Juana se agolpaban las esperanzas y los temores de una muchacha que acababa de cumplir dieciséis años. El pulso le cerraba la garganta, y le costaba respirar.

Salió precipitadamente de su dormitorio y recorrió la galería del primer piso, seguida de cerca por sus damas y su joven esclava, Zaida. Sus pensamientos estaban en la Cámara del Consejo. Centinelas y cortesanos se miraban unos a otros con imperceptibles y compasivos movimientos de cabeza. El agradable olor a lavanda que desprendían los ricos arcones y el suelo de roble recién encerado, su fragancia favorita, no tenía hoy ningún encanto.

Sabía por qué la había llamado su madre, la reina. Claro que lo sabía. Esperaba con tanta ilusión como temía la llegada de este momento desde que se firmó el contrato, no hacía mucho tiempo, aunque también se había atrevido a desear que se retrasara algunos años.

Pero esta fría mañana de enero de 1496, un día que iba a grabarse para siempre en su corazón, la habían convocado a una audiencia oficial. No cabía duda de cuál era el propósito. No podía ser otro que el de comunicarle que las negociaciones matrimoniales habían terminado y se había fijado la fecha de su partida.

—Zaida, me mandan al exilio... Me destierran de España. —Juana pronunció estas palabras ahogándose, con la voz entrecortada—. ¿Cómo voy a vivir en ese país, tan lejos de aquí? El viaje es demasiado largo y peligroso. Estaré

apartada de todo lo que más quiero. No volveré a ver a mi familia. Lo sé. Me sentiré perdida y olvidada.

Se detuvo cerca de la esquina, junto a las escaleras del patio, y aspiró una ráfaga del aire helado que subía con sigilo. Se sacudió la falda de terciopelo verde con los dedos inquietos.

Zaida cogió las manos de la princesa para tranquilizarlas.

—Valor, mi señora, valor —exhortó a la hermosa Juana.

Porque Juana era hermosa en todos los aspectos: en sus rasgos, en la gracia de sus movimientos y en la melodía de su voz. Era delgada, de estatura mediana y proporciones perfectas. Unos preciosos mechones entre dorados y cobrizos enmarcaban su rostro ovalado. Los ojos del color de la avellana, siempre dispuestos a chispear con inteligencia y alegría de vivir, con calidez y amor, brillaban hoy amenazados por las lágrimas. La boca, más acostumbrada a la sonrisa y la carcajada, estaba contraída de temor.

Sus damas esperaban a unos pasos.

—¿Qué tengo que hacer? —suplicó Juana—. Estoy asustada. ¿Podéis prometerme que seré feliz en Flandes? Y, si lo fuera, ¿por cuánto tiempo? Y, si no lo fuera, ¿entonces qué?

—Mi señora, nadie puede saberlo. Debemos depositar nuestra confianza en Dios.

—Espero que se apiade de mí. Mi hermana Isabel dice que quiere retirarse a un convento. ¿Creéis que debería decirle a mi madre que yo también quiero ser monja? ¡Imposible! Esa no es vida para mí. ¡Con rezar, confesarme e ir a misa ya tengo más que suficiente!

Se interrumpió al ver que sus damas se escandalizaban.

—Lo digo solamente porque Flandes está lejísimo —continuó—. ¡Todas diríais exactamente lo mismo si estuvierais en mi lugar! Pero ¿qué hago aquí entreteniéndome? Mis padres me acusarán de remolona o de desobediente.

Se levantó los faldones del vestido, hizo una reverencia, se persignó delante del tríptico empotrado en un nicho y se dirigió al Salón Rico, donde iban a anunciarle su futuro.

Sus damas de compañía la siguieron, tras una brevísima pausa para santiguarse también.

Desde hacía un año, Juana tenía conocimiento de las diversas negociaciones para acordar su matrimonio con el archiduque Felipe, hijo del emperador. Pensaba, ingenuamente, que aún pasarían varios años antes de la boda, pero pronto se demostró que no sería así. Hubo continuas idas y venidas de los embajadores a lo largo de aquel año. Desde que se celebró el casamiento por poderes, ese mismo mes, y Juana firmó el compromiso de cumplir todas las cláusulas del contrato matrimonial, la inminencia de su partida era un clamor. Eso, sin contar los rumores de que una flota especial se había reunido en el norte.

Se encontraba delante de las puertas del Salón Rico. ¿Qué la esperaba al otro lado? Solo sabía que no tenía elección, que no había alternativa.

Las damas se ocuparon de colocar con mimo los mechones dorados por debajo de la cinta verde, cruzada en la coronilla de la cabeza; comprobaron la pulcra trenza que le llegaba hasta la cintura; le estiraron el corpiño; doblaron las amplias mangas del vestido para dejar a la vista el forro de raso rojo; le enderezaron los pliegues de la falda.

Zaida sonrió y dijo:

—Mis pensamientos están con vos, para daros fuerza, aunque no esté a vuestro lado.

Juana dio un salto cuando las puertas se abrieron con un chasquido. Había llegado la hora. Su respiración se mezcló entonces con breves sollozos de dolor. Se impuso el esfuerzo de entrar en la cámara y dar los primeros pasos hacia un futuro incierto.

El salón era un fulgor de rojo, blanco y oro, de las paredes a las cornisas y los techos de madera policromada. Suntuosos tapices realzaban el esplendor. Nobles, prelados y em-

bajadores ocupaban la Cámara del Consejo de extremo a extremo. Se había congregado prácticamente toda la corte.

Juana estaba sobrecogida. Se detuvo después de dar unos pasos, incapaz de seguir adelante.

En el otro extremo, detrás de esta formidable reunión de testigos invitados para la ocasión, la reina Isabel y el rey Fernando ocupaban sus tronos, debajo de un dosel de terciopelo granate que lucía con orgullo el escudo de España y proclamaba el poder de sus casas unidas. Los monarcas habían cambiado su sencillo atuendo diario por los encajes de oro y las prendas de raso y seda rojas.

Juana les dirigió una mirada nerviosa antes de bajar la cabeza, desesperada por esconderse de tantos ojos como la observaban. Mientras estudiaba las baldosas del suelo, de repente lo vio todo muy claro. Aquella era una audiencia de despedida. Hizo un mohín y protestó en silencio, porque esto de ninguna manera podía compararse con los espléndidos torneos y los banquetes que se habían organizado para su hermana. ¡Qué injusto era todo! Le habría resultado mucho más fácil perderse en el bullicio de los festejos que someterse al escrutinio de tantas miradas.

La reina Isabel miró desde el fondo de la cámara y se preguntó cuánto tiempo pensaba quedarse su hija parada, con aire de encontrarse tan fuera de lugar. Empezaba a molestarle que Juana estuviera tan abrumada por la ocasión. Era lamentable que aún no hubiese perfeccionado sus modales regios y se dejara intimidar con tanta facilidad. Esta joven que agachaba la cabeza y se toqueteaba el cinturón con inquietud ¿era su hija de barbilla obstinada, la muchacha testaruda a la que poco antes había tenido que reprender con severidad?

La falta de dignidad de Juana no era la única preocupación de Isabel. A esto se sumaba su tendencia progresiva a rehuir la compañía (una costumbre alarmante, similar a la de su abuela, que la llevaba tristemente a confundir sus pensamientos). Ojalá fuera solo un síntoma de una nueva

etapa de rebeldía, no precisamente rara entre las muchachas de su edad.

Juana levantó por fin la cabeza. Saludó a sus padres con una reverencia y emprendió el largo paseo hasta los tronos. Con el raballo del ojo vio a algunas de sus amigas, entre ellas a su favorita, su tutora de latín. Sus cálidas sonrisas le infundieron el ánimo necesario para sostener la cabeza alta, hasta que vio al cardenal Cisneros al lado de su madre. Era el nuevo arzobispo de Toledo y primado de España. Juana le tenía pánico. Aquel clérigo era mucho más que la cabeza de la Iglesia; era un hombre poderoso, de inteligencia penetrante, y un incansable guardián de la fe. Tenía capacidad para influir, persuadir y guiar a la reina, incluso se atrevía a dirigirse a ella como un igual. Lo sorprendente era que ella no tomaba esta audacia por ofensa, y eso era prueba suficiente de su poder, prueba suficiente para que a Juana le temblaran los pies antes de atreverse siquiera a mirar aquel rostro alargado y cadavérico, con los ojos hundidos. Sabía perfectamente que Cisneros se había asomado a las profundidades de su alma y había descubierto sus defectos.

Empezaron a temblarle los labios. Se arrodilló de prisa a los pies de sus padres y agachó la cabeza para que nadie viera sus lágrimas. Apretó contra el corazón desbocado su medalla de la Virgen, un regalo de su madre.

Isabel y Fernando se levantaron y bajaron juntos los tres escalones para saludar a su hija. Los dos habían cumplido los cuarenta años. Casi dos décadas de combates sin tregua para forjar una nación se habían cobrado su precio, sobre todo en Isabel, que había soportado además los rigores de seis embarazos. Ya no era la joven alta, esbelta y llena de gracia que había cautivado a Fernando. El cutis claro había cobrado un color cetrino, y el rostro alargado, con la barbilla firme, estaba hinchado y no tenía ya la misma tersura. El pelo castaño había perdido brillo y ahora siempre

iba cubierto con un velo. Este día, con ocasión de la audiencia, se había puesto una pequeña corona.

Fernando había tenido mejor suerte. Sus facciones, bronceadas y curtidas en los campos de batalla, conservaban su fuerza y su atractivo. La práctica continuada de la caza y la equitación lo ayudaban a conservar los músculos firmes.

Juntos, los reyes cogieron las manos de la princesa para que se levantara. Al ver las sonrisas de sus padres, Juana no tuvo duda de que se felicitaban por el buen resultado de dos contratos matrimoniales, el suyo y el de su hermano Juan. El vínculo entre España y el Sacro Imperio Romano se había fortalecido con esta doble alianza que estrechaba el cerco sobre Francia, la nación enemiga, y rebajaba sus ambiciones expansionistas.

Juana iba a casarse con Felipe, y Juan, con Margarita, hermana de Felipe. Gracias a los tratados redactados a raíz de estas alianzas matrimoniales, y de otros con Inglaterra, que prosperaban a buen ritmo (estos dependían de la boda de otra hija, Catalina, con el hijo del rey Enrique VII), Francia quedaría completamente cercada.

El rey Fernando tomó la palabra.

—Dulce hija, los trámites para tu boda han terminado. La espera y la incertidumbre han concluido. Te casarás en octubre y te convertirás en la esposa de Felipe, archiduque de Austria, duque de Borgoña, conde de...

Tuvo Juana que hacer un esfuerzo descomunal para no gritar a su padre, para no decirle que todo eso ya lo sabía y le daba lo mismo. Lo que quería saber, aunque lo temía, era la fecha de su partida. No podía quitarse de la cabeza la letra de una canción que parecía empeñada en burlarse de ella:

Dicen que debo casarme.
Yo no quiero esposo, no.

Una salva de corteses aplausos llenó la Cámara del Consejo, y la voz de la reina Isabel, como si llegara de muy lejos, sacó a Juana de su ensoñación.

—Te marcharás a Flandes en julio.

El pánico se apoderó de Juana. No podía ser en julio: ¡era demasiado pronto!

—Es toda una aventura para ti, y se nos echará encima sin darnos cuenta. Tenemos que elegir a varios servidores fieles para que te acompañen. También tenemos que buscar a los sacerdotes idóneos para tu confesión y tu sostén espiritual.

Se marcharía en el plazo de unos meses, con sirvientes y sacerdotes elegidos por su madre: sus propias preferencias no contaban. Empezaba a sentir el escozor caliente de las lágrimas. Pensó en fugarse, en esconderse donde fuera; incluso en arrojarse a los pies de sus padres y suplicar que le permitieran quedarse en casa, con su familia. Por fin encontró las palabras con las que ahorrarse esta vergüenza.

—Majestades, haré todo lo que esté en mi mano por complacerlos, por ser digna de... —Se ahogaba, le dolía todo el cuerpo de desesperación.

La atención de los presentes se centró de pronto en las puertas, que se abrieron para dar paso a un joven de diecisiete años. Era Juan, un muchacho de piel clara y aspecto enfermizo, que había pasado su infancia siempre rodeado de médicos. Juan era el hijo especial en la familia, muy querido por Isabel. ¿Lo era por tratarse del único hijo varón que Dios le había dado? ¿Por lo frágil que había sido en su infancia su vínculo con la vida? ¿Por su determinación para vencer sus dificultades? Quizá fuera por su bondad, de palabra y de obra. Podía ser por una mezcla de todo lo anterior. Con independencia del motivo, para Isabel era su ángel, y siempre se dirigía a él por este nombre.